

Federico II, después del siglo XII, tras la cual se inicia el declive en beneficio de otros centros como Bolonia y Padua.

Vistos por el autor, los comentarios salernitanos suponen ante todo la tentativa de hallar un método científico y la voluntad de insertarse en una tradición de pensamiento que remonta a la antigüedad clásica, y, a la vez, hacen comprender que la idea de la naturaleza que se formó en la Edad Media se basaba por completo en la mezcla de los elementos. Tomando como base el conjunto de textos que definen la «Articella», los médicos salernitanos construyeron un sistema científico capaz de explicar las variaciones y regularidad de los fenómenos naturales.

Desde el punto de vista formal sorprende encontrar las notas, no incluidas a pie de página, sino desplazadas al final de cada capítulo y también se echa en falta un índice final de autores citados.

Con todo, la historia de la Escuela de Salerno, el conocimiento de su doctrina y enseñanza y la evolución del pensamiento en este período ganan mucho con este trabajo en claridad y en profundidad, situándose por ello el estudio de Morpurgo en la línea de avance de la investigación sobre la Escuela de Salerno y su entorno.

ANA ISABEL MARTÍN FERREIRA

N. Loraux, *Les expériences de Tirésias. Le féminin et l'homme grec* (Paris, Gallimard, 1989).

*La recopilación de una serie de artículos sobre la problemática de la dualidad sexual en la antigua Grecia (1977-1985) viene a conformar un esperado volumen de N. Loraux cuya primera frase podría resultar paradójica para el no-advertido: ceci n'est pas un livre sur les femmes.*

Con una claridad que no va en detrimento de detalladas precisiones, N. Loraux rememora el proceso que le ha conducido a *no* escribir un libro sobre las mujeres griegas propiamente dichas sino sobre lo femenino o sobre el hombre. Proceso que, en una de sus vertientes, supone un exponente del último período de estudios referidos a la problemática de la imagen histórica de la Mujer.

En su tesis doctoral sobre la Oración Fúnebre como género cívico, presentada en 1977 —aunque publicada en 1981, bajo el título *L'invention d'Athènes*—, N. Loraux expuso cómo la ciudadanía griega se expresaba en términos de *andreía*, es decir, de ese tipo de «valor» o «entereza» esencialmente viril.

En 1981, una serie de estudios recopilados bajo el título de *Los hijos de Atena* prolongó esta reflexión sobre la concepción ateniense de la ciudadanía, analizando la realidad de un sistema político construido en base a la «exclusión de las mujeres».

Un número considerable de estudios se fijaron por aquellos años en la contradicción que supone el hecho de que la paradigmática democracia ateniense eximiera a las mujeres de participar en las asambleas y en los tribunales, es decir, que no les reconociera como «ciudadanas» propiamente dichas. N. Loraux enriqueció este tema a partir de una consideración preliminar que ya había puesto a prueba en anteriores trabajos: los mitos griegos no son ni simples reconstrucciones de mitos primitivos ni acontecimientos históricos convertidos en leyendas, sino que la propia *polis* se expresa a través de ellos reformulándolos.

El resultado consistió en una reveladora exposición de cómo el imaginario ateniense expresa el esfuerzo que supone ocultar la presencia social de la mujer, así como la dificultad que para la *polis* supone el status social de la mujer.

En *Las experiencias de Tiresias*, el firme empeño por marginar lo femenino del ámbito político se considera en calidad de respuesta por parte del discurso político de época clásica a una tradición literaria anterior, pero igualmente griega. La frecuencia y naturalidad con la que los héroes de la *Ilíada* manifiestan su miedo, tiemblan o se entregan al llanto, da cuenta de esa tradición, la cual postula que la virilidad de un hombre digno de ser considerado como tal, no sólo no se pone en entredicho, sino que se refuerza cuando albergar en su interior un aspecto de feminidad: en la epopeya lo masculino y lo femenino *son algo así como dos determinaciones esenciales que se reparten el dominio entre sí y que, sin embargo, son inseparables*.

Este retroceso hacia la épica permite a N. Loraux dar un paso hacia adelante respecto a sus investigaciones precedentes y analizar la exaltación griega del hombre-ciudadano como un intento de definirlo atribuyéndole una virilidad totalmente desprovista de aspectos femeninos. Por tanto, la noción griega de *femenino* resulta ser el operador más directamente implicado en la constitución de la identidad del ciudadano.

Desde un punto de vista metodológico, esto significa que el interés por la expresión griega de la diferencia entre los roles sexuales, no puede limitarse a *la verificación repetitiva de un listado de categorías antitéticas*: el estudio de las formulaciones griegas referidas a la división sexual implica la necesidad de considerar el registro griego del «intercambio» entre las categorías de «femenino» y de «masculino». Un tipo de intercambio que no se limita a considerar el procedimiento de la mezcla de los opuestos —es decir, de esa confusión de límites que traslucen figuras como el Andrógino o el Hermafrodita. Y que tampoco se limita a considerar el procedimiento de la «inversión» de las distribuciones canónicas que presentan los numerosos ritos religiosos y prácticas iniciáticas que incluyen disfraces femeninos para los hombres, corte de pelo para las mujeres, etc.

La propuesta de N. Loraux viene a ampliar esta perspectiva moderna del «intercambio» al elegir como objeto de estudio los procedimientos mentales

mediante los que el hombre griego pretende apropiarse de las principales experiencias de la feminidad.

Partiendo de la consideración de que lo femenino es el objeto más codiciado por el hombre griego, N. Loraux trata de evidenciar *que los griegos han fantaseado hasta la saciedad sobre lo que lo femenino aporta al hombre*. Así pues, su perspectiva se basa en la lógica de la inclusión de valores femeninos en el concepto de hombría.

En *Los hijos de Atenea* (p. 80 ss.) N. Loraux había analizado el personaje de Pandora, la primera mujer, como figura que, al introducir la sexualidad, genera la escisión entre los *humanos* (*ánthropoi*) y los dioses dando lugar a la aparición de los *hombres* (*ándres*). Este estudio supuso un primer bosquejo de la convención según la cual el hombre griego reivindica para sí la categoría de «humano», erigiendo a la mujer en la *propia representación de la diferencia sexual*.

En el nuevo libro al que nos estamos refiriendo, tales presupuestos se verifican en dos registros: el del dolor y el del placer.

Al considerar la experiencia del parto como el sufrimiento más intenso, los griegos concuerdan en parte con una tradición que nos es muy familiar según la cual el cuerpo femenino es el lugar en el que se encarna la más aguda de las experiencias dolorosas. Pero sólo en parte, pues no se limitan a considerar que el dolor más penoso (*ὀδυνη*) pertenece al ámbito del lecho y no al de la guerra, sino que llegan a utilizar el vocabulario que refiere el desgarrar del parto (*ὠδύς*) para calificar esa hazaña heroica de la que todo guerrero debe dar prueba para ser viril.

Este es uno de los aspectos del pensamiento griego en el que más claramente se expresa el procedimiento de la apropiación de las experiencias femeninas por parte del hombre. Apropiación de la que también da cuenta la filosofía de Platón, en donde la red metafórica de lo femenino se trasvasa en favor del hombre cuando de lo que se trata es de «alumbrar» verdad.

Los diversos géneros literarios de época clásica, son igualmente explícitos a la hora de expresar el deseo de prescindir de la reproducción por vía femenina que atenaza al hombre griego y varios estudios han subrayado este tema. Pero el nuevo enfoque adoptado permite, además, ver en el fantasma clásicamente griego del «alumbramiento» masculino la expresión de un firme deseo por parte del hombre de apropiarse de la singular experiencia de la maternidad.

Más extraño puede resultar el hecho de que una vertiente de la reflexión que los griegos consagraron a la sexualidad haga del placer un privilegio femenino. Se trata, eso sí, de una vertiente oscurecida por la ideología cívica, según la cual el placer es un derecho masculino, del que la mujer queda excluida en aras de la procreación.

De la consistencia de esta tradición dan cuenta los análisis que N. Loraux sitúa bajo el patronazgo de la versión mítica que presenta a Tiresias como una

figura que, por haber sido alternativamente hombre y mujer, reconoce, con conocimiento de causa, a esta última como la máxima beneficiaria del placer en la relación heterosexual.

La consideración de los registros del dolor y del placer, nos descubren que los griegos pensaban mucho más *en la diferencia sexual y en las maneras de utilizarla en provecho del hombre que en verificar eternamente que, en la oposición de lo activo y la pasivo, el hombre se sitúa en el lado de lo activo*. O sea, estos registros, entre otros, ayudan a anular la concepción ingenua de que los griegos fueron tal y como ellos quisieron inmortalizarse en obras «ejemplares» consagradas a clasificar y oponer escrupulosamente los rasgos de lo femenino y lo masculino, como puede ser el *Económico* de Jenofonte.

En definitiva, el enfoque metodológico de N. Loraux, demuestra que la *diferencia entre los sexos* es un objeto de estudio lo suficientemente consistente como para facilitar un verdadero replanteamiento del relato histórico, pues se revela muy fructífero a la hora de acceder a problemáticas tan esenciales en la vida de la *polis* como son la guerra, la reproducción del cuerpo cívico, la función de los funerales, la concepción del placer, etc.

ANA IRIARTE